

**FRAY TOMAS
VIVE PARA SIEMPRE
EN MATIGUAS**

Fray Tomás Zavaleta, franciscano, barría la casa cural y la parroquia de Matiguás, en Matagalpa, en las montañas del norte de Nicaragua, cuando le vinieron a decir que la Digna y la Emperatriz se habían ido hacía rato hasta La Patriota a buscar unos papeles y que tardaban mucho en volver.

-Van a venir solitas las dos, caminando por esa carretera y con esta oscurana. Es peligroso, Hermano Tomás...

La contra estaba cerca, Fray Tomás llamó al padre Ignacio Urbina, nicaragüense, el párroco.

-Vamos a buscarlas, antes de que se les haga noche...

-¡Vamos!

Fueron ligeros, en la camioneta roja de la parroquia. La Emperatriz, terciaria franciscana, era la secretaria de la parroquia. Digna, su pariente.

-A saber qué andaban buscando... Se van a alegrar cuando miren que llegamos a traerlas.

Y realmente las dos mujeres se alegraron mucho al ver llegar al padre Ignacio y a Fray Tomás. Ya

habían empezado el largo camino de regreso y estaban cansadas. Subieron. De La Patriota hacia Matiguás, de regreso por el mismo camino que habían hecho hacía sólo un rato en busca de las mujeres. Fray Tomás manejaba. A la altura de San Pablo, 14 kms. antes de llegar a Matiguás, y a las 5:30 de la tarde, la camioneta voló por los aires, impactada por una poderosa mina anti-tanque de fabricación norteamericana.

Fray Tomás murió instantáneamente. La explosión le arrancó una pierna del cuerpo, que quedó destrozado. Emperatriz quedó en coma, como consecuencia del golpe en la cabeza, que le dañó el cerebro. Digna y el padre Ignacio quedaron heridos, éste de gravedad, con serias fracturas en la columna vertebral.

Los compas del Ejército Sandinista acudieron pronto al lugar al escuchar la tremenda explosión. También acudieron algunos campesinos.

-¡Mataron a los padres!

Recogieron del guindo el cuerpo destrozado del Hermano Tomás, recogieron a los heridos y los llevaron a una casita en el monte. A los heridos los sacaron a lomo de mula, y después con una ambulancia, hacia el hospital.

A Fray Tomás quedaron velándolo, orando juntos soldados y campesinos, hasta que a las 9 de la noche llegó el Padre Provincial de los Franciscanos en Centroamérica, Fray Damián Moratori...

-Se lo entregamos, Padre. El trabajó con nosotros. Lo queríamos mucho.

Fray Damián se abrazó al cuerpo sin vida de su hermano. Pocas horas después celebraba la Eucaristía:

-Entrego al pueblo de Nicaragua a este hijo de El Salvador y de San Francisco de Asís. El trabajó por ustedes. Y por ustedes dio la vida.

Todo Matiguás salió al camino a recibir a Fray Tomás. Y todos, niños y viejos, mujeres y hombres, lo lloraron en aquella su parroquia, de la que había salido tan sólo unas horas antes, tan servicial como siempre. Murió el mismo día de su santo. Mártir como aquel primer Santo Tomás, aquel que quiso ver, tocar y oír para poder creer que habría resurrección después de la muerte.

Nadie durmió esa noche del 3 de julio en Matiguás. La contrarrevolución, que ha asesinado en los campos de Nicaragua a decenas de civiles, de niños, de mujeres, de campesinos, que ha asesinado a catequistas, delegados de la Palabra, médicos, técnicos, maestros, obreros, internacionalistas, tocaba por primera vez, con su dinamita pagada con los dólares norteamericanos, a un religioso y a un sacerdote. La contrarrevolución, que lanza boletas y afiches que dicen: "¡El Papa está con nosotros!", que hace pintas -"Con Dios y patriotismo venceremos el comunismo"- había derramado la sangre de dos franciscanos. Nadie durmió esa noche en Matiguás. Y a la mañana siguiente, Nicaragua entera se despertó asombrada y triste.

Hacía apenas tres meses que Fray Tomás había llegado a Nicaragua. Salvadoreño, de 40 años cuando murió, Fray Tomás quiso ser franciscano, pero no sacerdote. Entró a la Orden a los 20 años. Más de una vez le dijeron sus superiores que estudiara para ser sacerdote, pero él insistió siempre en que lo que quería era servir humildemente a todos, pero sólo como un "fraile menor", con aquel nombre que San Francisco dio a su gente.

Y eso hizo siempre: servir. Servir era barrer, ser chofer, atender la casa religiosa en todos sus detalles, visitar enfermos, curar, consolar, trabajar sin descanso... El primero en levantarse y el último en acostarse, atento a todos los servicios de la casa, como lo está una mamá, pendiente siempre de todos y todos pendientes de su cariño...

Fray Tomás sirvió durante muchos años en las casas de formación de los franciscanos. Y los jóvenes aspirantes y novicios, los que se preparaban para comprometerse con la Orden, viendo en él un ejemplo vivo de lo que era ser franciscano. Todos terminaban queriéndolo. Nunca dictó una charla, nunca dijo un sermón, nunca subió a un púlpito a predicar. Pero su vida fue una palabra viva, el ejemplo de un hombre bueno, de un cristiano, de un hijo de San Francisco de Asís.

Durante 6 años sirvió como chofer y como ayudante del Ministro General de todos los franciscanos, en Roma. Mucha confianza le llegó a tener el Padre Superior a Fray Tomás, pues entre sus poquitas cosas en la parroquia de Matiguás apareció una reciente carta del General a Tomás, muy cariñosa, que terminaba diciéndole: "Te quiere mucho, tu amigo Juanito" Tan amigos se hicieron los dos.

De Roma, Fray Tomás fue a Guatemala. Aunque no era sacerdote le encomendaron la formación de los que iban a ser sacerdotes. Poco después, sus superiores lo destinaron a ir a trabajar a los Estados Unidos, a California.

Fray Tomás entró en una gran crisis y se rebeló contra ese destino. Fue la primera y única rebeldía que le conocieron sus hermanos.

-Yo soy salvadoreño, soy centroamericano, mi lugar está aquí. Mi patria está en guerra... ¿Cómo voy a vivir yo en los Estados Unidos? Si en El Salvador están sufriendo tanto, ¿cómo voy a ir allí? No, yo me quiero quedar en Centroamérica, servir aquí. No voy a ir a Estados Unidos.

Fue en medio de esa crisis que el padre Ignacio Urbina, le dijo:

-Ven a trabajar conmigo a Nicaragua. Nicaragua también está en guerra.

Fray Tomás aceptó. Y en abril de este año llegó

a Matiguás.

El trabajo que allí encontró era bien importante. Desde hacía dos años la parroquia había organizado el Proyecto San Francisco de Asís, una especie de cooperativa de crédito y servicios, un proyecto de producción y abastecimiento que permite a los campesinos sobrevivir en esa zona de guerra. El proyecto, donde se producía maíz y frijoles y algo de leche y cuajada, abarcaba a mil familias, unas 8 mil personas. Con él la vida iba haciéndose más comunitaria y mejor en la montaña.

A Fray Tomás le gustó aquello. Y a los campesinos les gustó aquel fraile trabajador, que estaba siempre a la par de ellos y siempre era disponible y servicial.

En sus funerales en Managua, horas antes de ser enviado su cadáver a El Salvador, donde lo esperaban su madre y sus hermanos, el Padre Provincial de los Franciscanos, Fray Damián, recordó la historia de servicio de Fray Tomás. Y dijo muchas más cosas:

"En 1220, Francisco de Asís envió a cinco de sus frailes a Marruecos a predicar la paz a ese pueblo. Cuando meses después, le dijeron a Francisco que los cinco habían sido martirizados, que habían muerto, dijo: Ahora tenemos cinco verdaderos frailes menores. Hoy, ante el cadáver de Fray Tomás, yo les digo: Tenemos aquí un verdadero fraile menor, a un nuevo mártir.

Estoy orgulloso de entregar al pueblo de Nicaragua la vida y la sangre de este hermano salvadoreño, que hizo de Nicaragua su segunda patria y que por su amor y su trabajo entre ustedes, se merece el honor de tener para siempre la ciudadanía nicaragüense.

Yo trabajé durante 6 años en esas mismas montañas de Matiguás y viajé por esas mismas carreteras y caminos y no tuve el privilegio que Fray Tomás alcanzó en sólo 3 meses: Amó tanto a este pueblo, a los campesinos de Nicaragua, que Dios le concedió la

gracia de dar hasta la vida por ellos. Yo confío en que su sangre bendita derramada sobre la tierra bendita de Nicaragua, adelantará la hora de la paz para este querido pueblo, que tanto se la merece. Entre tanto, no retiraremos a uno solo de los franciscanos que trabajan en las zonas de guerra de este país. Seguiremos aquí, predicando el evangelio de Jesús, predicando la Paz, como San Francisco nos enseñó.

Fray Tomás, hijo de la tierra salvadoreña, se queda también en esta tierra nicaragüense. Y vivirá para siempre en la memoria y en el trabajo de los campesinos por los que dio su vida".

El Salvador y Nicaragua, pueblos hermanos, se han hermanado aún más en las sangre de Fray Tomás, el fraile menor que tuvo el amor mayor de dar la vida. Que esa sangre acerque la hora de la paz para nuestros dos pueblos.